

este matrimonio se dijo que había sido divorciado por los tribunales franceses por mutuo acuerdo de los dos esposos, pero que después había sido renovado en España por haber sido declarado nulo el divorcio por los tribunales españoles. Muchas personas dudaron de la legitimidad tanto de la señorita Eugenia como de su hermana mayor, casada con el duque de Alba, y se aseguraba que ambas hijas habían nacido años después de haber muerto don Joaquín (1). Todas estas murmuraciones, que se repiten aun hoy y al parecer con seguridad documentada, no son más que invenciones malévolas. Testigos nada sospechosos como César Balbo, Jorge Ticknor y Washington Irving forman juicios exactos relativos á la condesa de Montijo y á su esposo, que murió en 1829. La condesa tenía mucha instrucción, entendía cinco idiomas y encantaba con su conversacion interesante. En París figuraban entre sus admiradores Próspero Mérimée y Beyle-Stendahl. No obstante, se referían muchas cosas poco favorables de su vida privada, lo que empañó de rechazo también la fama de su hija Eugenia.

Esta, á la edad de doce años, en 1838, entró en el convento del Sagrado Corazon, en París, y concluyó después su educación en un colegio inglés. El conde de Durekheim dice en sus memorias (tomo II, pág. 109) de su aspecto físico lo siguiente: «Jamás se ha visto un cuerpo más flexible y formado más armónicamente, ni una cabeza más graciosa con su cabellera rubia. Su tez deslumbradora, sus ojos hermosos velados por largas pestañas, su estatura magnífica y sus maneras graciosas y seductoras, prestaban á la novia del emperador una aureola de gracia femenil que ningún Murillo ni Velázquez podía pintar, que solo un Ticiano con su fino colorido y su delicadeza hubiera podido retratar.» Su notable hermosura había llamado ya muy temprano la atención de la alta sociedad, donde su madre la presentó muy joven y visitó con ella los baños y teatros, asistiendo á todas las grandes solemnidades de la clase aristocrática. En los últimos tiempos, siendo todavía soltera, se halló relacionado su nombre con el suicidio del joven príncipe de Camerata, lo que dió origen á voces muy poco favorables para Eugenia. El príncipe-presidente la había distinguido muy visiblemente, habiendo sido presentada á él por Bacciocchi en 1849. Entonces Eugenia se había interesado con extraordinaria viveza por los planes políticos de Napoleón y había escrito antes del golpe de Estado á Bacciocchi que estaba pronta á poner toda su fortuna á disposición de Napoleón, de lo cual éste solo tuvo noticia después del 2 de diciembre. Posteriormente tomó parte en todas las fiestas de la corte, en Fontainebleau, en Compiègne y en el palacio del Elíseo, por cuyo motivo los periódicos citaron su nombre con frecuencia. Cuando se supo la intención de Napoleón de elevarla al trono, esta idea encontró mucha oposición entre las personas que le rodeaban; pero ni el ex-rey de Westfalia, ni su hijo Jerónimo, ni Morny, ni Persigny, ni Troplong, ni Drouyn de Lhuys, ni Abbatucci, consiguieron nada (2); y menos efecto produjo todavía la resistencia de miss Howard, que desde largos años vivía con Napoleón en la mayor intimidad, que le había sacrificado muchos millones de su hacienda, y hasta estaba dispuesta, según se decía, á sacrificar sus derechos de amante á favor de una novia de sangre real, si bien no los quería sacrificar á favor de una española cuya nobleza creía inferior á la suya. Napoleón, con el auxilio de Mocquard, su secretario particular, supo alejar á su antigua amante de París durante aquellos días críticos, y aun reco-

(1) Véase entre otras E. Hamel: *Histoire illustrée du Second Empire*, París, 1874.

(2) Cassagnac: *Surv.*, tomo II, pág. 176.

brar la correspondencia que había mediado entre los dos. Después se reconcilió con ella, nombrándola condesa de Beauregard, y le regaló el castillo del mismo nombre, y en los dos años siguientes más de cinco millones de francos, restituyéndole así lo que había gastado por él, según consta en los papeles encontrados en 1870. Miss Howard se estableció posteriormente en Florencia, donde se casó con mala fortuna, y murió en 1865 en París, adonde acababa de regresar (3).

La noticia de que el emperador pensaba casarse con la hija de la condesa de Montijo, se extendió rápidamente por todas partes. La nobleza y la clase media hacían muchas burlas, y no pocos temían las aficiones clericales de la condesa. La gran masa del pueblo francés, sin embargo, se mostró desde luego favorable á la idea del casamiento y hasta la encontró novelesca, porque para las sátiras de las clases elevadas el pueblo no tenía oídos (4). Cuando se vió que el casamiento estaba irrevocablemente decidido, cesó también en la corte la resistencia, y la princesa Matilde, tan contraria á este casamiento, declaró con gran solicitud que si las hermanas de Napoleón I habían puesto dificultades para llevar la cola del vestido de Josefina en la ceremonia de su coronación, no opondría ella tales dificultades. Pocas semanas bastaron para allanar todos los obstáculos grandes y pequeños, y en 22 de enero de 1853 el emperador reunió en las Tullerías al Consejo de Estado y á los prohombres de las dos cámaras para comunicarles oficialmente su proyectado matrimonio.

Empezó diciendo que pensaba satisfacer un deseo del país casándose, y si el matrimonio que estaba decidido á contraer estaba en desacuerdo con las tradiciones de la política antigua, en esto consistía justamente su mérito. Verdad era que todo gobierno inteligente debía tratar de que la Francia, separada por sus revoluciones del resto de Europa, volviese á entrar en el círculo de las antiguas monarquías; pero este objeto se alcanzaría con mayor seguridad por una política recta y franca que por lazos matrimoniales con familias regias. Por lo demás, ejemplos anteriores habían dejado creencias supersticiosas en el espíritu del pueblo, porque todas las princesas extranjeras que desde setenta años antes habían subido al trono de Francia, habían visto á sus familias dispersadas ó proscritas por la guerra ó la revolución. Solo una de estas soberanas había proporcionado suerte más venturosa que las otras á la Francia, y era la modesta y buena esposa del general Bonaparte, la cual vivía todavía en la memoria del pueblo, siendo la única que no procedía de estirpe regia. El casamiento de Napoleón I con María Luisa en el año 1810 había sido un gran suceso, una garantía del porvenir y una satisfacción para el orgullo nacional, porque la antigua é ilustre casa de Austria había solicitado este casamiento. Mas en el último reinado se había herido el sentimiento nacional por el hecho de que el heredero del trono (el duque de Orleans) había tratado en vano durante años de enlazarse con una familia soberana por medio del matrimonio, y al fin solo había podido encontrar una princesa de una casa soberana de segundo orden y de otra religión, si bien la princesa brillaba por sus riquísimas dotes. Habiendo sido elevado á la vista de la Europa antigua por un nuevo principio á la altura de las antiguas dinastías, no se lograría mejor aceptación entre estas dinastías dándose mayor antigüedad de nobleza ni entrando á toda costa en las familias reales, sino más bien no olvidando jamás su origen y mostrando francamente á la Europa su posición de advenedizo, título glorioso cuando se ha

(3) Beaumont: *Hist. intime*, pág. 41.

(4) Beaumont: *Hist. intime*, pág. 34.

adquirido por el sufragio universal y libre de un gran pueblo. En tales circunstancias su casamiento era solo un asunto personal, y por tanto bastaba elegir simplemente su compañera á su gusto. Su elección había recaído en una señorita de elevada alcurnia, francesa de corazón, si no de nacimiento, francesa por su educación y por la sangre que su padre había vertido por el imperio. Como española tenía la ventaja de no tener familia en Francia á quien hubiera que colmar de honores y dignidades. Dotada de todas las virtudes del corazón sería un adorno del trono, y en los días de peligro un apoyo valiente del imperio; como católica piadosa oraria, como el emperador, á Dios por el bien de la Francia; agraciada y buena, resucitaria las virtudes de la emperatriz Josefina, «y así podía el emperador decir á la Francia: he preferido una esposa á quien respeto y amo á una desconocida cuya mano habría traído ventajas, pero unidas á sacrificios. Sin herir la susceptibilidad de nadie, sigo mi inclinación después de haber consultado mi razón y mis convicciones. Colocando así mi independencia, las cualidades del corazón y la felicidad doméstica por encima de ventajas dinásticas y de cálculos ambiciosos, seré más libre, sin ser por esto menos fuerte. Pronto mostraré á la emperatriz al pueblo y al ejército en Nuestra Señora. La confianza que merezco á ustedes asegura también sus simpatías á la esposa que he elegido, y ustedes, señores, cuando la conozcan se convencerán de que también en esta ocasión ha sido la Providencia la que me ha guiado.»

Este discurso causó buena impresión á pesar de algún pasaje de mal gusto, sobre todo aquel en que hizo alusión á la duquesa Elena de Orleans. La antigua aristocracia se encogió de hombros, pero el país democrático se sintió lisonjeado; ni tampoco faltaron señoras de elevada cuna que se creyeron muy distinguidas en formar parte de la corte de la nueva emperatriz. La opinión pública vió con mucha satisfacción que la novia imperial no aceptaba un aderezo de 600,000 francos que el ayuntamiento de París quería regalarle para la boda y que suplicó que se empleara su valor en establecimientos benéficos. El 29 de enero se celebró el casamiento civil en las Tullerías y al día siguiente la bendición religiosa en Nuestra Señora, efectuando la ceremonia religiosa el arzobispo de París. El emperador festejó el suceso permitiendo el regreso al país á 4,312 deportados ó expatriados, y la emperatriz destinó los 250,000 francos que el emperador le dió como regalo de boda á obras de beneficencia.

Bajo la influencia de la nueva soberana, que sin tener dotes intelectuales extraordinarias y á pesar de su devoción española supo muy bien sostener su posición, se desarrolló pronto una vida brillante de corte. Durante los primeros años la emperatriz no se mezcló en la política; pero cuando se hubo convencido de la infidelidad de su esposo, buscó compensaciones políticas y logró tener ascendiente sobre él en los negocios públicos, no sin que hubiese antes escenas violentas que tuvieron por consecuencia viajes súbitos de la emperatriz á Escocia y á los baños de Alemania. Estos viajes dieron mucho que hablar á las malas lenguas de París; pero la emperatriz supo aprovechar el miedo del emperador á las escenas domésticas en beneficio de su influencia (1).

(1) Prescindiendo de la voluminosa literatura escandalosa y chismográfica, citaremos aquí solamente algunas comunicaciones de Mérimée á su amigo Panizzi (*Prosper Mérimée: Lettres á M. Panizzi*, 1850-1870, París, 1881), tomo II, pág. 51: «El viaje (de la emperatriz á Schwabach) reconoce por causa escenas interiores que nada tienen que ver con la política. Usted conoce ya la situación (pág. 55). Lo que se dice respecto de este viaje es prodigioso. Entre otras cosas se habla de una visita de S. M. á la señorita X para suplicarla que se aleje de Montreuil, porque la aflige ver su casa desde las ventanas de Saint-Cloud (página 64). La concordia reina en el matrimonio de nuestros amigos. Des-

Después de haber dirigido los consejos de ministros durante la campaña de Italia de 1859, siguió asistiendo más adelante á los consejos, y sorprendió con frecuencia á los ministros con su inteligencia en los asuntos que se trataron. Desde 1864 se empezó á hablar abiertamente de un partido de la emperatriz. En los primeros años de su matrimonio se contentó con gobernar la moda y ser reina de las fiestas que se celebraron en las Tullerías, en Saint-Cloud, en Compiègne y en Fontainebleau, y que en suntuosidad y magnificencia no dejaron nada que desear, si bien partidarios fidelísimos del imperio encontraron á veces faltas de inteligencia



El general Fleury (según fotografía)

y gusto, lo que atribuyeron á la insuficiente educación literaria de la emperatriz.

La libertad que reinaba en las fiestas de la corte excedió muchas veces los límites permitidos, por mostrarse la emperatriz en este punto extraordinariamente condescendiente sin que pudiese tacharse su conducta personal. A pesar de que no ignoraba los amorfos de su esposo, conservó á éste

pues de las nubes, que amenazaban una tempestad, ha reaparecido el buen tiempo... El emperador no tiene más defecto que ser aficionado á las faldas más de lo que corresponde á un hombre de su edad (pág. 74). La vida que lleva el emperador no es muy buena para un hombre de 56 años, si he de creer á lo que se dice, que es demasiado cierto, por desgracia (pág. 98). Me parece que toda la marcha de la casa está cambiada. No reina tanta alegría, pero hay más calma. Creo que desde un año á esta parte ha aprendido ella mucho respecto de cosas y de personas (pág. 129). En Fontainebleau hay buena salud y se persevera en las buenas resoluciones. El plan de conducta que se ha formado es en resumen el siguiente: Ya no hay Eugenia, solo hay una emperatriz; lo lamento y lo admiro. Por lo demás, se ha renovado por ambas partes la confianza y la amistad (pág. 259). El emperador tiene un miedo cerval á las escenas domésticas y no se atreve á imponer su veto.»

todo su cariño; pero cometió la falta grave de elegir mal, salvo pocas excepciones, las personas que la rodeaban, y de permitir un tono frívolo que era incomprensible para los observadores extraños. Para divertirse se rebajó hasta llamar á cantatrices de los teatros de París para oír las canciones callejeras más de moda; y durante muchos años formaron la ocupación favorita de la corte las mesas giratorias y la consulta de los espíritus. El público siguió este ejemplo con gran afán, y contribuyeron mucho á la propagación de esta superstición los libros de Allan Kardec, que vivió desde 1803 hasta 1869 y que fundó la primera revista y la primera sociedad espiritista en 1858; la obra del marqués de Mirville, á la cual el *Journal des Debats* dedicó un artículo de cuatro columnas; los experimentos del conde Agenor de Gasparin, que evocaba diariamente los espíritus de las mesas giratorias (1); Delamores, director de la *Patrie*, que consultaba á estos espíritus en asuntos de su periódico, y las revelaciones de ultratumba con que sorprendió al mundo Camilo Flammarion. En todos los salones se hacían experimentos y se evocaban los espíritus de Moisés, de Mahoma, de Voltaire, de Rabelais, de Lutero y de San Francisco de Paula; y la gente se dejó engañar por Davenport y Home, hasta que éste último hizo tanto que, á pesar de sus largas y estrechas relaciones con la corte, fué expulsado de ella.

Las reuniones de los lunes eran las más alegres y libres en las Tullerías, en las cuales el carácter divertido de París podía manifestarse á sus anchas. En las grandes reuniones que la corte celebraba en Compiègne en los meses de otoño, reinaba el tono según la serie de invitados que estaba de turno. Estas invitaciones eran cuidadosamente escogidas. Cada ministro presentaba para ellas una lista de personas distinguidas de sus relaciones, de cuyas listas sacaba la emperatriz grupos, y cada grupo pasaba seis días en Compiègne, formando parte de cada uno dos estudiantes, ya de la Escuela Politécnica, ya de la Escuela Normal, ya de la Escuela Militar. Así podía reunir la emperatriz eruditos, talentos y personas de imaginación, dirigiendo ella con mucho acierto la conversación mientras el emperador conversaba aparte, ya con un diplomático, ya con un militar, ya con un químico ó con el inventor de una arma nueva. En las listas que se han conservado de los años 1853 á 1869 figuran nombres como Augier, Dumas (hijo), Feuillet, Emilio de Girardin, Gautier, Janet, Légouvé, Pablo de Musset, Doré, Nisard, Sandeau, Sainte-Beuve, Sacy, Auber, Feliciano David, Berlioz, Gounod, Verdi, Longet, Viollet-le-Duc, Leverrier, Pasteur y Ponsard. Nunca faltaban tampoco extranjeros distinguidos, de suerte que estas reuniones eran intelectualmente, por lo general, notabilísimas, siendo las formas sociales fáciles, no obstante toda la magnificencia, que cada día costaba de 40 á 45,000 francos. Los invitados podían ocuparse por la mañana á su gusto y tomar parte en las cacerías, en los paseos por el bosque ó en las excursiones; solo á la mesa debían estar reunidos todos, y reunidos continuaban el resto del día. Se hacían según el caso discursos científicos; Leverrier proyectaba por medio de una linterna mágica sus grandes fotografías de la luna; Longet demostraba la circulación de la sangre en una rana viva, ó Pasteur exponía sus observaciones sobre los infusorios en el vino ó en el vinagre. Otras noches se daban representaciones dramáticas en el salón del teatro, para lo cual se llamaban actores de París; en otras charadas, pasillos cómicos ó escenas dramáticas por miembros de la sociedad invitada, y también se admitían chanzonetas personales, aunque se refirieran á los emperadores mismos. Se reía mucho cuando en los últimos años se tra-

(1) Véase su obra: *Les Tables tournantes*, año 1854.

taba en broma de la afición del emperador á las antigüedades romanas, ó de la pasión de la emperatriz por llenar los aposentos de muebles (2). Morny, Mocquard, Merimée y otros íntimos solían ser los autores de estas bromas, á las cuales contribuyeron también á veces Ponsard y About. Entre las señoras que representaban figuró en primera línea la princesa de Metternich, esposa del embajador de Austria. La emperatriz quedaba embelesada cuando en estas charadas ú otras representaciones se daba un pequeño papel á su hijo, el pequeño príncipe imperial. También se admitían alusiones políticas, como el paso cómico titulado *La Industria* (3). Este paso tenía por objeto ensalzar la alianza anglo-francesa. Los dos países estaban representados por dos señoras que se abrazaban, lo que hizo decir á Prudhomme:

«Cuando veo la Francia y la Inglaterra armadas hasta los dientes, pregunto: ¿Á qué tan armadas si tanto se aman? confieso que no lo entiendo.» A lo cual le contesta la Industria: «Te lo explicaré. Es menester llevar revólver en el bolsillo, porque nunca se sabe lo que puede ocurrir.»

Este último verso formaba estribillo y se repetía en coro. El pasillo concluía con una glorificación del pequeño príncipe imperial; porque después de haber presentado Inglaterra á un marinero y á un voluntario para manifestar su fuerza, la Francia hacía comparecer á un inválido y á un soldado de infantería, elogiando sus hechos, mientras el pequeño príncipe se presentaba vestido de granadero y presentando el arma. La Francia concluía entonces:

«Hasta aquí he recreado vuestra vista con lo que fué y con lo que existe hoy, y como final os enseño el porvenir.»

Menos fastuosas eran las reuniones en Fontainebleau en la primavera, con sus paseos á pie y á caballo y las meriendas en los prados. Entonces solía Napoleón pasear á su esposa por el bosque guiando él mismo el coche, formando parte de estos paseos Octavio Feuillet, bibliotecario de Napoleón, que divertía á la pareja imperial con sus ocurrencias. También gustaba á Napoleón en estas excursiones oír declamar pasajes poéticos, lo que generalmente verificaba Feuillet. Al oír el emperador los bellos versos de Víctor Hugo solía decir: «Muchas grandes palabras y pocas ideas.» Las invitaciones á Fontainebleau se dirigían á personas de mayor intimidad; pero aun eran en menor número y más íntimas todavía las invitaciones para Biarritz y otros sitios de verano.

El excesivo lujo de que se acusó á la emperatriz se ostentaba principalmente en las grandes fiestas de las Tullerías, sobre todo en los bailes de trajes, que se hicieron de moda desde el año 1855, y que excitando la imitación resultaron muy ruinosos, si bien lo fueron mucho más las exigencias de la emperatriz tocante al traje diario. Se decía que rarisíma vez llevaba un vestido dos veces, y que avergonzaba con alabanzas satíricas á las señoras económicas que se presentaban dos veces en la corte llevando el mismo vestido. Con indignación se oía contar que una señora de posición necesitaba 25,000 francos para vestirse, y Merimée dijo que para las invitaciones á Fontainebleau las señoras necesitaban llevar para cada día dos vestidos (4).

Las cuentas de los gastos para el bautizo del príncipe imperial pueden dar una idea del derroche de dinero que se hizo en ocasiones extraordinarias. Se gastaron con este motivo 888,000 francos, mientras en tiempo de la restauración el bautizo del príncipe heredero, el conde de Chambord, había costado 350,000 francos, y el económico rey Luis Fe-

(2) Merimée, tomo I, pág. 293, y tomo II, pág. 155.

(3) Que publicó el periódico *Le Temps* en su crónica del 16 de enero de 1881.

(4) Senior: *Conversations*, tomo II, págs. 115 y 130.

lipe no gastó más que 100,000 francos en ocasión del nacimiento del conde de París. Esto dió naturalmente materia á los innumerables maldicientes y á las envenenadas plumas para censurar á la corte y aun exagerar todos estos males, sin exceptuar naturalmente el derroche, haciendo ver que el emperador saqueaba la Francia, como lo dice el verso siguiente:

«Tío y sobrino se hallan rodeados de igual gloria: el tío tomó de los enemigos las capitales y el sobrino toma de la Francia las capitales.»

Al mencionar la ostentación de la corte hay que recordar también la vida privada del emperador, que reservaba de su asignación cada año cinco millones para gastos especiales. Esto suma en los diez y ocho años de su reinado 90 millones, de los cuales consta el empleo de 73, entre los cuales figuran más de once millones para fines científicos, es decir, arqueológicos, astronómicos, técnicos, etc.; diez millones para regalos personales, como por ejemplo palacios para la princesa Bacciocchi, para el príncipe Murat, para los ministros Billault y Magne, y para el médico de cámara Conneau; nueve millones para establecimientos benéficos que estaban bajo el patronato de la emperatriz; entre cinco y seis millones para la compra y roturación de terrenos incultos; otros tantos para pensiones; más de cuatro millones para socorro de calamidades, como granizadas, incendios é inundaciones; tres millones para presentes diplomáticos, trabajos de desecación, establecimiento de alquerías cerca del campamento de Chalons; restauración del castillo de Pierrefonds cerca de Compiègne; y finalmente, tres millones para suplementos de pensiones de inválidos, auxilios á sociedades cooperativas, construcción de iglesias y escuelas, para toda clase de fines agrícolas, premios para corridas, regalos de padrinos, fianzas para oficiales, embellecimientos de otro sitio imperial, Plombières y Vichy, para pagar las deudas de la municipalidad de Saint-Cloud y otros gastos de utilidad general ó que requiera la dignidad imperial. Muy pocos gastos había de satisfacción personal y caprichos de los esposos imperiales.

La vida privada de la emperatriz era extraordinariamente llana y hasta monótona; salía poco y se ocupaba ó en labores propias de su sexo ó en la lectura. Hubo un tiempo en que encontraba su mejor entretenimiento en un círculo íntimo y reducido, en el cual su primer chambelán, el conde de Tascher, la divertía imitando al pavo, la tempestad, el sol, etc. Mucho se interesó en obras de beneficencia de toda clase; el cumplimiento de sus deberes religiosos también absorbió mucho tiempo, y cuando fué madre encontró nuevas ocupaciones, porque profesaba grandísimo amor á su hijo, y el deseo de asegurarle el trono más que otra cosa la hizo dedicarse activamente á la política. Temores y penas no le faltaron y maduraron evidentemente su carácter. Sería cometer una injusticia dejar de citar aquí lo que escribió al emperador durante su viaje por el Nilo, en octubre de 1869 (1): «Tener continuamente las mismas ideas desgasta al fin y al cabo el cerebro mejor organizado. Esto lo he experimentado por mí misma, y no quiero alimentar más los recuerdos de todo aquello que en mi vida ha enturbiado los hermosos colores de mi imaginación. Mi vida está concluida, pero vuelvo á vivir en mi hijo, y creo que las verdaderas alegrías son aquellas que sentirá su corazón y que de allí penetrarán en el mío.»

El emperador buscó distracción de sus trabajos de gobierno, ya en sus amoríos, que dieron abundante material á la crónica escandalosa (2), ya en estudios de erudición. Con

(1) *Papiers secrets*, pág. 126.

(2) Véase la revista *Le Curieux*, del mes de julio de 1887, n.º 41.

razón se ha dicho de él que su instrucción era muy variada, como se ha visto en muy pocos príncipes; hablaba como su lengua materna francesa el alemán, el inglés, el español y el italiano; tenía una buena instrucción clásica, conocimientos profundos en las matemáticas y en la física é inventiva en la mecánica. Aun siendo emperador era una necesidad para él ocuparse en literatura; redactó muchos artículos de periódico; bosquejó novelas, que siempre tenían un fin político, como lo tuvo también su gran obra sobre Julio César, en la cual difícilmente hubiera empleado tanta asiduidad y tiempo durante muchos años si no hubiese esperado de ella un efecto político favorable, á saber: el robustecimiento de la idea imperial. Esto no impidió que tuviera también para él interés particular é independiente los problemas históricos, militares y arqueológicos á que este trabajo dió lugar. A veces llevaba una vida de erudito especialista, siendo la desesperación de los políticos que le rodeaban sus estudios sobre César. Esto prueba que si fomentó las ciencias no fué solamente para que sirvieran de adorno á su reinado, y respecto de esto dice Sybel (3): «Las grandes publicaciones de la Academia siguieron su curso; el gobierno hizo publicar la correspondencia de Napoleón I; auxilió un grandísimo número de investigaciones científicas y envió muchas expediciones científicas al Oriente. Según opinión de naturalistas, decayó mucho la antigua gloria alcanzada por los franceses en las ciencias naturales; pero en las ciencias históricas no pudo observarse ciertamente ningún decaimiento.»

Los aposentos del emperador en las Tullerías mostraban por su arreglo y su contenido los trabajos silenciosos y las aficiones de erudito de su morador (4). Se hallaban situados en un pasillo oscuro entre el Pabellón del Reloj y el de Flora; desde una de las ventanas de su estudio bajaba una escalera al jardín y á la acera de asfalto por la cual el emperador daba su paseo matutino. El estudio era un cuarto bajo de techo, con las paredes cubiertas de retratos de la familia imperial y de armas de toda clase; las sillas, mesas y otros muebles estaban cubiertos de papeles, modelos, planos, mapas y entre ellos documentos históricos de valor inestimable. Una escalera de caracol conducía á la biblioteca de la emperatriz, y los dos esposos se veían con frecuencia por esta escalera. Al lado del estudio del emperador estaban las habitaciones destinadas á Mocquard, su secretario particular, y más lejos la sala de los ministros. En un gabinete lateral se guardaban las águilas de la guardia, y á continuación los cuartos que habitaba el fiel Thelin, el criado de Arenemberg y Ham, que á la sazón era el cajero del peculio particular del emperador. También se alojaban allí cerca los camareros, uno de los cuales estaba encargado de un museo de modelos que el emperador había reunido, mientras el otro era un hábil tornero, á cuyo trabajo era muy aficionado Napoleón y en el cual empleó muchas horas tranquilas al paso que sus pensamientos se ocupaban en la política ó en las ciencias. Solía levantarse temprano, y estaba ya completamente vestido á las ocho. Entonces tomaba el té en la habitación de la emperatriz, con la cual conversaba al mismo tiempo; después entraba á las nueve con el príncipe imperial su ayo Agustín Filon, y luego repasaba el emperador con Mocquard la correspondencia y fijaba las horas para las audiencias y visitas. En seguida recibía á los ministros y funcionarios de la corte que tenían que hablarle. Despachado todo esto, daba un paseo por el jardín, paseo que era corto si le había precedido, como sucedía dos veces á la semana un consejo de ministros; pero de todos modos y siendo bue-

(3) En su *Historia de Napoleón III*, pág. 27.

(4) Jerrold, tomo IV, págs. 273 y siguientes.